

EL MEJOR REGALO

Me quedé mirándolo un buen rato sentado en el suelo del trastero, con mis manos quietas sobre sus costuras. Estaba lleno de polvo pero aún podía adivinarse el color de las banderas de los países que adornaban cada uno de los hexágonos de cuero cosidos.

Aquella tarde estaba empezando a empaquetar todas mis cosas para irme por fin de casa de mis padres. Ya era hora. Tenía cuarenta años, un trabajo estable, ingresos muy altos y había encontrado un amplio y luminoso piso en el centro. Cuando estaba buscando las maletas en el atillo del trastero el balón cayó sobre mi cabeza dejando alrededor de mí una espesa nube de polvo que me hizo toser durante un largo rato. De mi cabeza fue directamente al suelo, donde apenas rodó ya que después de tantos años estaba totalmente desinflado.

Me bajé de la escalerilla lentamente, sin dejar de observarlo. Lo cogí con una sola mano y lo agité ligeramente para escuchar el sonido de la válvula. Me senté en el suelo, apoyado en la pared, pasándome la mano por el pelo sin poder creérmelo. Cerré los ojos y volví a mi niñez. El *Adidas Tango España 82* en versión infantil. Una reliquia que, desde que me pasó aquello, nunca supe dónde había ido a parar.

Mi padre me lo había regalado en 1982 por mi sexto cumpleaños. Me lo compró poco antes del comienzo del Mundial de España, que ganó Italia tras derrotar a Alemania por tres goles a uno en una vibrante final cuya jugador más destacado fue Paolo Rossi.

Aquí tienes tu primer balón de reglamento, es el mejor regalo que puede recibir un niño. Disfrútalo, me dijo.

Ese balón, recordé mientras observaba la figura desgastada de Naranjito, había sido mi compañero más fiel durante muchos años. Me lo llevaba todos los días al colegio e incluso lo cogía para hacer cualquier cosa que no tuviese nada que ver con jugar al fútbol. Iba conmigo a todas partes. Me gustaba su forma redonda. No sólo me servía para darle patadas: también me divertía botarlo y aprenderme los colores de las banderas de los países participantes en aquella Copa del Mundo. Mis abuelos, cada vez que me veían entrar en su casa corriendo con él en la mano, sonreían y me llamaban *el señor Balón*. Creo que incluso llegué a dormir con él alguna noche.

El cariño que le tenía era tan grande que, cuando dos años después mi padre me volvió a regalar otro diciendo que el mío estaba ya muy sucio y desgastado, guardé el nuevo en mi armario sin apenas probarlo y, sin que él lo advirtiese, me bajé a la calle con mi balón de siempre.

Ese apego al balón poco a poco se fue extendiendo a todo lo relacionado con el fútbol en cuanto tuve edad suficiente para conocer y entender sus reglas, para aprenderme los nombres y las caras de los jugadores y el funcionamiento de las diferentes competiciones.

De ahí pasé a dominar las cualidades de los entrenadores e incluso profundicé en sus biografías. Hice innumerables colecciones de cromos, incluso de ligas extranjeras. Con nueve años ya echaba la quiniela con el poco dinero que mis padres me daban para caramelos. Valoraba los pronósticos teniendo en cuenta no sólo los equipos que se enfrentaban en cada partido sino también la identidad de los árbitros.

Cuando decidí que la primera división ya no tenía secretos para mí empecé a familiarizarme con los secretos y misterios de la segunda y de las competiciones regionales. De ahí a especializarme en el fútbol de otros continentes había un paso, y me interesé especialmente por el africano y el japonés, ya que el sudamericano lo dominaba a causa de sus vínculos con el fútbol europeo.

En alguna ocasión noté cómo mis amigos me miraban con una mezcla de admiración y estupor cuando les relataba con todo lujo de detalles la procedencia de cualquier jugador promesa, remontándome incluso a los equipos de los que tal jugador había formado parte cuando estaba en categorías infantiles. Nadie osaba discutirme nada. Hasta los profesores del colegio me llamaban cuando discutían entre ellos y necesitaban mi ayuda para despejar alguna duda como la edad de un jugador concreto o su lugar de nacimiento.

Mis padres, si bien no entendían mi comportamiento, tampoco lo reprimieron ya que mi rendimiento en los estudios nunca se resintió. Además esos mismos profesores a los que yo solucionaba sus dudas nunca les transmitieron la gravedad de mi obsesión por el fútbol. A lo sumo, les decían que yo era un chico peculiar.

Lo cierto es que poco a poco fui creciendo y convirtiéndome en un bicho raro que no se separaba nunca de su balón. A los catorce años gané algo de dinero en un concurso en la radio en el que contesté, con acierto, a toda clase de preguntas asequibles como el número de goles

marcados en el Mundial de Suecia o la identidad del ganador del trofeo pichichi en la temporada 1973-74.

Dos años más tarde ya me había hecho amigo de los guardias de seguridad de todos los estadios de fútbol de Madrid, quienes me conocían como el chico del balón de Naranjito. Conocedores como eran de mi delirio futbolístico y tomándome como un loco con algo más de encanto que los que abundan por los alrededores de los estadios, me dejaban pasar sin pagar una vez que los partidos habían comenzado. Esos mismos guardias me permitían luego acceder a las zonas reservadas a la prensa para poder así pedir autógrafos a los jugadores y hablar con ellos. Recuerdo que llegué incluso a hacer buenas migas con algunos, que hoy ya están retirados y a los que sólo veo en cenas y eventos públicos.

Nunca fui de ningún equipo. Me gustaba tanto el fútbol que deseaba verlo en paz, sin estar condicionado por la adhesión irracional a ningún color. Disfrutándolo como se disfruta del arte. Dividía a los aficionados en dos clases: aquellos a los que de verdad les gusta el fútbol, como era mi caso, y aquéllos a los que en realidad lo que les gusta es su equipo, que eran y son la práctica totalidad.

No tengo que aclarar que por entonces era absolutamente profano en materia de chicas, ya que ninguna soportaba la compañía de alguien cuyo único tema de conversación era el fútbol, ni siquiera aquellas a las que les gustaba ese deporte. Recuerdo en particular a Sonia, una compañera de la universidad con la que salí durante tres semanas hasta que se hartó de mí acusándome de cuidar más a mi balón que a ella. El detonante fue una cena romántica a la que me presenté con más equipaje de lo debido. Yo me retrasé cinco minutos y ella estaba esperándome sentada en la barra del bar. Cuando me vio entrar con mi balón bajo el brazo decidió que ya era suficiente y que había muchos más hombres en el mundo. Tampoco me importó, todo hay que decirlo. Cosas de chicas. Al fin y al cabo no era para tanto, ella también llevaba siempre un bolso colgando del hombro y yo nunca me quejé.

El mundo que me rodeaba dejó de interesarme y empecé a pasar cada vez más tiempo en casa viendo partidos. Ya ni siquiera iba a los estadios. Prefería ver el fútbol en casa, sentado en el sofá acariciando mi balón, sin que la gente me molestase con sus gritos y con sus insultos. Grababa los partidos, analizándolos y estudiándolos al acabar. El fin de semana empezaba el sábado por la mañana con los partidos de la segunda división y terminaba el domingo por la noche con los partidos de los principales equipos de primera. O quizás en realidad acababa el lunes con los reportajes de los periódicos deportivos, los cuales compraba y leía sin pestañear.

Pero la espera hasta el siguiente fin de semana no se hacía demasiado larga, ya que pronto llegaban el martes y el miércoles con sus competiciones europeas.

Un mal día, con diecisiete años, me desperté sedado en una clínica. En la habitación sólo estaban mis padres, que hablaban con un médico y me miraban con cara de preocupación. Parece ser que durante la noche les habían despertado mis gritos. Cuando se acercaron corriendo a mi habitación se asustaron al verme tirado en el suelo, sujetándome con las dos manos la tibia, llorando con los ojos cerrados y gritándole a un árbitro imaginario que aquello había sido un penalty como una casa y que llevaba toda la temporada perjudicándonos.

Al volver a casa pasada una semana mi balón había desaparecido. Nunca volví a preguntar por él. Mis padres tampoco me dijeron nada. Estuve en tratamiento psicológico durante medio año. Ahora soy uno de los periodistas deportivos más famosos del país. Sigo soltero y ya lo he dejado por imposible, no acabo de conectar con las mujeres. A fin de cuentas qué más da: si tuviese que ocuparme de una novia no tendría tiempo para lo que de verdad me importa. A cambio puedo decir sin exagerar que nadie sabe de fútbol más que yo. Ni siquiera quienes han sido jugadores profesionales o entrenadores.

Aquella tarde, ante la magnitud del acontecimiento, dejé la mudanza para el día siguiente. Cuando terminé de observar como un enajenado preso de la emoción el balón de mi infancia, lo lavé y lo inflé. Luego lo besé; o quizás lo besé antes. El domingo siguiente me lo llevé a mi programa de televisión y allí conté esta historia a los millones de personas que me veían en directo.

Jaicel

Marzo 2014

MANUEL GARZÓN MATEOS